

Si volviera atrás lo volvería a hacer.

He cuidado de mi padre durante 11 años, a cambio de nada. Fue difícil pero si volviera atrás lo volvería a hacer.

La primera vez que mi padre cayó enfermo fue por la fiebre esmaltá, quedó tetrapléjico durante un año en el que estuvo en el hospital. Empezó a recuperarse y nos fuimos a casa, estuvo yendo a rehabilitación en el hospital durante un año y medio, donde, con mucho ánimo y apoyo de los profesionales, mi padre recuperó las fuerzas para andar.

A los cuatro años, por complicaciones de la enfermedad, le amputaron una pierna. Mi padre no pudo soportar esa pérdida, no quería moverse de la cama y encontraba su alivio en el alcohol, creando una atmósfera aún menos esperanzadora.

Mis hijos aprendieron rápidamente, el mayor sabía, solo con mirar a los ojos de su abuelo, si tenía la tensión alta o baja, aprendió a saber qué necesitaba y cómo ayudar. Eduqué a mis hijos tal y como yo fui educada, basándonos en el amor, el cariño y el respeto por aquellos que nos han dado la vida. Incluso mi madre nos enseñó a querer a mi padre, a pesar de

su adicción y sus consecuencias; nos hizo ver su alcoholismo a través de la compasión, como una enfermedad causada por mucho dolor y sufrimiento. Mi padre me enseñó los beneficios de la compasión, de ponerte en el lugar de los que nos rodean, entender su sufrimiento y saber cuidar.

A los siete años, perdió su otra pierna y a partir de entonces, cada día empeoraba más, nos temíamos lo peor. Un día el médico nos informó que no duraría más de una semana, pero gracias a los cuidados paliativos de atención domiciliaria y al amor y cariño que le ofrecimos entre todos, duró 4 meses y medio más, sin sufrimiento.

Nunca olvidaré el momento en el que murió, él estaba tendido en su cama, yo de pie en la puerta de la habitación, él llevó su mano a su boca y me envió un beso diciendo con sus labios: perdóname. Nuestros corazones se hicieron invisibles y todo se volvió paz y tranquilidad.

No hay dinero que pague o sustituya el cariño que se le puede dar a un enfermo por parte de sus familiares y personas cercanas, fuimos capaces de crear un vínculo de unión muy fuerte con él. Hoy día, sé que mi padre está conmigo, cada vez que veo su imagen en alguna fotografía, siento paz y bienestar porque sé que di lo mejor de mí, sé que hice lo que era correcto. Carmen García Valle